

«España va bien», dijo José María Aznar en Salamanca, el 23 de noviembre del año 96 cuando todavía las encuestas reflejaban la debilidad del PP en intención de voto y los ciudadanos no habían percibido las ventajas de la bonanza económica. Aquella afirmación se convertiría en el slogan del Gobierno a lo largo de 1997, a medida que el presidente repetía, machaconamente, la misma idea ya con los datos económicos en la mano.

La 'españavabien' de Aznar

Las relaciones del Gobierno con sus socios nacionalistas pasaron por etapas de amor y odio

MAGIS IGLESIAS

El informe de la Unión Europea, en la primavera, fue el espaldarazo definitivo a la política económica del Gabinete del PP y el aval que le aseguró el respaldo de sus socios nacionalistas para aprobar los presupuestos del 98 y llegar hasta el euro.

El reconocimiento de España como un país competitivo y moderno, capaz de codearse con lo mejor de Europa fue el mejor premio para el Gobierno y el balón de oxígeno para los pactos del PP con los nacionalistas. El pesimismo que provocaron las encuestas de finales del 96, con un partido en el Gobierno perdiendo apoyo electoral, se convirtió en triunfalismo después del informe de la Comisión Europea en el que se reconocía que España cumplía los requisitos de convergencia para formar parte de la Moneda Única, algo casi inimaginable un año antes.

La estabilidad política se mantuvo casi permanentemente en el Parlamento. Los buenos datos económicos y el esfuerzo común para llegar al Euro refuerza los lazos entre el PP y sus socios parlamentarios, especialmente, CiU. La negociación de los Presupuestos para el año de la convergencia fue un camino de rosas para el Gobierno. Rodrigo Rato no se cansa de decir que el del 98 fue el proyecto presupuestario con la tramitación parlamentaria más corta de la historia. Tampoco hubo otoño caliente para el Gobierno y las relaciones con los sindicatos, engrasadas por continuos acuerdos, marcharon sobre ruedas. Con el pacto para la reforma laboral, el Ejecutivo recibió el espaldarazo de los interlocutores sociales en un instrumento decisivo para la creación de empleo. Para el acuerdo sobre las pensiones, el PP da la espalda a la patronal y pacta con los sindicatos, lo que le granjea la confianza de las dos grandes centrales y obtiene el marchamo de fiabilidad para su política social.

Luces y sombras

Lo que gana en imagen democrática de partido de centro con su política de bienestar social lo pierde en las continuas trifulcas en las que se enzarza. La batalla digital acabó ante la Unión Europea que obligó al Ejecutivo español a modificar su decreto sobre la Televisión Digital y le fuerza a renunciar al codificador único que pretendía imponer. Los conflictos en la carrera fiscal y los nombramientos de profesionales alineados con la derecha más reaccionaria abundan en el des prestigio de la imagen democrática del PP. Antes de terminar el año, el PP vuelve a incumplir sus compromisos electorales al aplicar el medicamentazo para contentar a CiU en la reforma de la fi-



José María Aznar y Jordi Pujol sufrieron numerosos altibajos a lo largo del año. Su encuentro en enero será decisivo para el Gobierno.

nanciación de la Sanidad.

Las relaciones del Gobierno del PP con CiU, PNV y Coalición Canaria han pasado por fases propias de momento álgido de un sismógrafo. Acuerdos y desencuentros han jalado el desarrollo de los pactos que el Ejecutivo selló con los nacionalistas y 1998 se abre con la incógnita de si será el último de este matrimonio de conveniencia.

Los cauces de la relación parlamentaria siguieron sin ser fluidos hasta que el vicepresidente primero, Francisco Álvarez Casco, tomó las riendas. Con todo, la sintonía en ningún momento ha llegado a ser total. El socio principal, CiU, considera que ha sido «engañado» en varias ocasiones por el Gobierno. Y

El Gobierno deja en tablas la guerra digital pero pierde enteros su imagen democrática

enumeran, el decreto sobre el himno, el borrador de Humanidades, las votaciones en el Congreso sobre proyectos de última hora, como el de las extradiciones. Hubo, además, desacuerdos de fondo, como toda la gue-

rra del fútbol y la ley del catalán.

Con todo, las relaciones entre el Gobierno y CiU tienen una cita crucial en el próximo enero. Aznar y Pujol tienen que verse para resolver si prosiguen su entendimiento o se divorcian. Pujol ya ha dicho que la continuidad no va ser gratis y que reclamará más financiación, más autogobierno y más respeto para la lengua y cultura catalanas.

El PNV, aunque parezca difícil de creer, tiene rota su alianza con el Gobierno. El gran desacuerdo, de todos modos, no está en el área autonómica, sino en la política antiterrorista. El Gobierno apostó por la línea dura, sin contactos ni guiños, y el PNV aboga por lo contrario, sostiene que «siempre» es nece-

sario hablar con ETA o su entorno. Constatada esta diferencia, las fricciones en vez de ir a menos han ido a más y así seguirán en 1998 hasta la ruptura definitiva. Los nacionalistas canarios son, a la chita callando, los grandes beneficiarios entre los socios del Gobierno, ya que la formación insular ha rentabilizado al máximo el reducido peso de sus cuatro diputados.

El 'Big Bang' de IU

El 97 fue para Izquierda Unida «el año que vivió peligrosamente». La coalición que lidera Julio Anguita, reelegido para sus últimos tres años de mandato a comienzos de este mes de diciembre, anduvo sobre la cuerda floja durante buena parte de los doce últimos meses. Ha sido, en cierto modo, un año histórico en la aún corta andadura política -once años- de IU, y el de la «gran clarificación» en palabras de su coordinador general. Lo que se preveía sucedió. Las discrepancias entre el sector oficial mayoritario, capitaneado por el PCE, y los eternamente críticos del PDNI con Diego López Garrido y Cristina Almeida al frente estallaron allá por el mes de julio. También rompió con sus socios catalanes de IC y se produjo la disgregación de IU en Galicia y Castilla-La Mancha. En este *annus horribilis* para IU, la coalición tampoco llegó a ningún puerto.

González da paso a Almunia

SUSANA OLMO.

Tantas veces había expresado Felipe González su deseo de apartarse de la primera línea de la actividad política que cuando anunció su retirada, en la apertura del 34 Congreso del PSOE, un incrédulo silencio recorrió la sala. González ponía punto final a veintitrés años de liderazgo en el partido y abría una nueva etapa llena de incertidumbres. Joaquín Almunia recogía el testigo. La disputa se redujo enseguida a dos candidatos: José Borrell y Joaquín Almunia. Venció el heredero natural, un hombre del aparato, y su elección no ofreció resistencias, aunque tuvo que doblegarse a la presión de los barones territoriales e incluirlos en el nuevo equipo.

Con la herencia de veintitrés años de *felipismo* y el lastre de los procesos judiciales del Gal y Filesa, Almunia empeñó la andadura de la nueva etapa del PSOE. «No voy a vivir angustiado por la comparación con González», confesaba Almunia a los pocos días de su elección como secretario general del PSOE. Sin embargo, su relación con su antecesor, y el papel de éste en la nueva etapa del partido, ha sido el único punto conflictivo que ha tenido que afrontar la recién trenzada dirección socialista. Almunia mandó callar a González en dos ocasiones en un gesto que sorprendió a muchos y que no sentó bien al ex-presidente, que no está dispuesto a ser jubilado anticipadamente.